

¿UNA CONFIGURACIÓN NUEVA PARA LA COMPAÑÍA DE JESÚS?

LA INSTITUCIÓN ANTE LAS MUDANZAS SOCIOCULTURALES

Mario de França Miranda, S.J. (BRC)

Profesor Departamento de Teología

Pontificia Universidad Católica – PUC

Rio de Janeiro, Brasil

Prender abordar el tema arriba propuesto implica que la Compañía de Jesús no está inmunizada contra las transformaciones acontecidas en la sociedad a lo largo de la historia. Podríamos comprobar esta afirmación mirando hacia nuestro pasado y resaltando ciertas características ya desaparecidas en la vida del jesuita de hoy. Este hecho implica, primeramente, que la Compañía consigue conservar su identidad a lo largo de su historia, a pesar de las mudanzas que experimenta en su seno. Pero, sobre todo, que la Orden de San Ignacio, como cualquier otra realidad humana, no consigue sobrevivir ante las transformaciones sucesivas inherentes a la sociedad humana ya que ella no sólo hace parte de esa misma sociedad sino que también necesita de los elementos de la misma para sobrevivir, hacerse entender, irradiar su carisma, reclutar sus miembros, en fin influir en la sociedad y realizar su finalidad.

Aceptar este hecho significa afirmar que los elementos constitutivos de la Orden, si bien teóricamente claros y bien determinados, solamente serán *realidades vivas* en la historia, si asumen una configuración adecuada a su época. Esta configuración, como veremos, se realiza en diversos niveles. En su nivel más alto está la tarea de reflexionar y discernir ante los

desafíos surgidos, tarea ésta ya realizada por las sucesivas Congregaciones Generales o también en los importantes pronunciamientos de los Padres Generales. Sabemos el papel que tuvieron las experiencias de nuestras comunidades en la redacción de las Constituciones. Sabemos también que nuestro santo fundador consideraba el texto de las mismas como un texto inacabado. Son hechos que ya indican la visión de San Ignacio sobre posibles mudanzas y nuevos desafíos en los contextos donde habrían de vivir los nuestros.

Nuestro objetivo es más modesto. Entendemos aquí la palabra *configuración* simplemente como la *imagen* que transmite la Compañía a sus contemporáneos. Naturalmente que este modo de darse a conocer y de actuar en la sociedad se encuentra en estrecha dependencia de las características substanciales de nuestro Instituto, de nuestras Constituciones y de resoluciones de las sucesivas Congregaciones Generales. Este hecho será debidamente considerado. Pero aquí nos interesa, directamente, abordar la cuestión: ¿que aspecto tendrá en el futuro nuestra Orden debido a las mudanzas exigidas por la sociedad? ¿Cómo nos verán las futuras generaciones de donde han de salir nuestras vocaciones?

El tema, que nos fue propuesto, coloca en primer plano la identidad, la comunidad y la misión de la Compañía de Jesús frente a las mudanzas

*la palabra clave aquí es,
sin duda, la palabra
misión pues ella es la que
califica ya sea la
identidad del jesuita
como el modo de vivirla
en comunidad*

socioculturales experimentadas en nuestros días. La palabra clave aquí es, sin duda, la palabra *misión* pues ella es la que califica ya sea la *identidad* del jesuita como el modo de vivirla en *comunidad*. Trataremos nuestro tema en tres etapas. Primeramente veremos cómo la transformación institucional es una constante necesaria siempre que objetivos y metas de una institución no se dejen aprisionar por el espacio y tiempo. Lo que sucedió en la Iglesia Católica en el curso de su existencia confirma lo que

afirmamos. Examinaremos enseguida cómo en los últimos años la Compañía de Jesús realizó una renovación institucional, tal vez más conscientemente que en el pasado. En una tercera y última parte, abordaremos algunos serios desafíos actuales que exigirán mudanzas en la configuración y en las prácticas de la Compañía.

1. El imperativo de la transformación institucional

Cualquier institución creada, en vista de determinadas finalidades, que ultrapasan el contexto histórico donde nació, deberá sufrir mudanzas siempre que ese contexto de origen no exista más y siempre que ella se vea ante nuevos desafíos. Ese imperativo vale para las Universidades, para los hospitales, para las normas y estructuras del derecho, de la política, de la organización social, del campo comercial, por citar algunos ejemplos. Aunque direccionadas para amplios objetivos, tales instituciones, fueron construidas con el material *disponible*, a saber, con los elementos proporcionados por el contexto sociocultural que los vio nacer. En el momento que tales elementos, parcial o totalmente, se tornen anticuados, fuera de uso, ininteligibles para otras generaciones, debido a fuertes mudanzas socioculturales, ya sean económicas o políticas, tales instituciones deben transformarse utilizando de nuevo el material cultural y organizativo disponible y ofrecido por el nuevo contexto. Caso contrario pierden su sentido o desaparecen como entidades vivas, sobreviviendo apenas como piezas de museo.

Dependiendo de las instituciones las mudanzas pueden referirse, sea al contexto vital, en su dimensión social, política o económica, sea a la *comunidad humana* alcanzada por semejantes mudanzas y que experimenta, a su vez, transformaciones en su cultura, en sus prácticas y en su organización social. Naturalmente que los dos campos afectados están relacionados entre sí, relacionándose y modificándose mutuamente.

Para entender mejor esta dialéctica presentaremos el ejemplo de la Iglesia Católica. Ella se constituye a partir de la confesión de fe en Jesús de Nazaret, como Hijo de Dios, en respuesta al anuncio (kerigma) anterior de la persona y de la vida de este Jesucristo, muerto y resucitado, siendo esta respuesta realizada por la acción del Espíritu Santo, enviado por Cristo Resucitado. Todos los que se incorporan a la persona de Jesucristo y a su mensaje del Reino de Dios pasan a constituir así una comunidad humana peculiar, la comunidad eclesial, que celebra su fe por medio de los sacramentos, especialmente por el bautismo y la eucaristía y que es conducida por ministros ordenados. Así tenemos los *compuestos teológicos* que caracterizan la Iglesia: la persona de Jesucristo, la acción del Espíritu Santo, la predicación de la Palabra, la acogida por la fe, la formación de la comunidad de fieles, los sacramentos y el ministerio ordenado.

Entretanto estos componentes que no dependen de un contexto histórico determinado, mas de la revelación de Dios, de hecho, son inevitablemente comprendidos, expresados y vividos dentro de un contexto sociocultural. Pues la comunidad de los fieles, como comunidad humana se comprende, se organiza y vive su identidad con los elementos ofrecidos por su contexto propio, de cuño cultural o social. Solamente así los componentes teológicos podrán ser realidades vivas, entendidas y vividas debidamente por una generación. Solamente así sus expresiones y sus prácticas dejan trasparecer para sus contemporáneos lo que esta comunidad humana cree, lo que vive, lo que proclama, lo que ella es, en una palabra su propia identidad. Notamos ya, en el interior del Nuevo Testamento, que las comunidades nacidas de la acción apostólica de Paulo, en el ambiente de los gentiles, vivían y proclamaban su fe y se organizaban de manera diferente de las comunidades de la Palestina. Por lo tanto, no eran, como se podría esperar, meras reproducciones de estas últimas. La razón de fondo para tal mudanza fue el contexto sociocultural que encontró el apóstol Pablo. Aunque morfológicamente diferentes, ambas son auténticas Iglesias de Jesucristo. Sabemos que la iniciativa de Paulo fue decisiva para la difusión del cristianismo fuera del mundo palestino.

Podemos caracterizar el conjunto de tales mudanzas como una *configuración histórica* de la Iglesia, distinguiendo su configuración de sus componentes teológicos que no mudan. De este modo podemos apuntar en la

*¡La Iglesia muda para
poder continuar siendo
Iglesia!*

Historia de la Iglesia Católica una serie de configuraciones diferentes a lo largo de los siglos. La Iglesia en el tiempo de las catacumbas no era la misma del tiempo del renacimiento, la Iglesia de la época patristica era distinta de la Iglesia de nuestros días. La razón última de esas mudanzas fue siempre la misma: la Iglesia debe ser para una

determinada época, para un determinado contexto sociocultural, realmente *sacramento* de la salvación de Jesucristo, proclamadora de su mensaje, un espacio vital para las prácticas cristianas. Y como solamente llegamos al corazón de la Iglesia a través de su *realidad externa* esta última no puede ser obstáculo para que lleguemos a lo que ella realmente es. ¡La Iglesia muda para poder continuar siendo Iglesia!

2. La Compañía de Jesús y el imperativo de la transformación institucional

La Compañía de Jesús tiene su identidad propia expresada en las Fórmulas del Instituto aprobadas y confirmadas por Paulo III (1540) y Julio III (1550). En el texto de la Carta Apostólica “*Exposcit debitum*” de Julio III ella, “fue fundada, principalmente, para la defensa y la propagación de la fe y el provecho de las almas en la vida y en la doctrina cristiana, por medio de las predicaciones públicas, lecciones y cualquier otro ministerio de la palabra de Dios, los Ejercicios Espirituales, la formación cristiana de los niños y de los poco instruidos, la Confesión y administración de los otros sacramentos, buscando principalmente el consuelo espiritual de los fieles cristianos. Fue también instituida para pacificar los desavenidos, para ayudar y servir piadosamente a los que se encuentran presos en las cárceles, y enfermos en los hospitales, y ejercitar las otras obras de caridad conforme se juzgar conveniente para la gloria de Dios y el bien universal”.

Si bien los puntos citados en ese texto aumenten y concreten más lo que ya fuera expreso en la Carta Apostólica “*Regimini militantes Ecclesiae*” de Paulo III, ellos presentan todavía un amplio programa de actividades como *finalidad* de la nueva Orden. Las *Constituciones* representan un primer paso para posibilitar la realización de tal proyecto, sea en lo que atañe a la formación del jesuita, al gobierno de la Orden y, sobre todo, a la propia misión, como aparece especialmente en su parte séptima. Ya hemos mencionado cómo el factor “experiencia” fue importante en la redacción final de las mismas hecha por San Ignacio. Aunque no seamos peritos en la materia podemos reconocer cómo la Historia de la Compañía de Jesús, especialmente a través de las sucesivas Congregaciones Generales y de pronunciamientos importantes de los Preósitos Generales continuó la tarea de conservar y actualizar su identidad y su misión a lo largo de los siglos. Solamente así esta Orden Religiosa podrá ser entendida, actuar eficazmente, congregar nuevos miembros, enfrentar desafíos inéditos y realizar, de hecho, su finalidad.

Últimamente, en la línea del Concilio Vaticano II, en su decreto *Perfectae Charitatis*, la Compañía experimentó una renovación real y sustancial en su *Derecho propio* con la finalidad de adaptar su vida y su apostolado a los nuevos tiempos conservando la fidelidad al carisma original. Esta tarea fue realizada por las Congregaciones Generales XXXI y XXXII. Faltaba, entretanto, dar una estructura normativa a los múltiples decretos que definían tal renovación. Encargado por la Congregación General XXXIII de efectuar una completa

“COMPAÑÍA DE JESÚS Y SOCIEDAD ACTUAL”

revisión en el Derecho de la Compañía, el P. General Peter-Hans Kolvenbach llevó a cabo esta tarea con la participación y ayuda de muchos jesuitas, superiores y peritos. Finalmente su texto ya reelaborado por ocasión de la Congregación General XXXIV, fue aprobado pasando a ser conocido desde entonces como “*Normas Complementarias de las Constituciones de la Compañía de Jesús*” (1995).

Ya en su primero ítem, esas Normas afirman que la Compañía debe adaptar su vida y sus actividades “a las exigencias de la Iglesia y a las necesidades del mundo contemporáneo, de acuerdo con su propia naturaleza y carisma” (NC 1). La finalidad de la Orden, caracterizada por su misión específica ya expresada en las Cartas Apostólicas de su aprobación, ya mencionadas arriba, recibe una formulación más actualizada, a saber, “servicio de la fe” y “promoción de la justicia” (CG XXXII), que implica “..la proclamación inculturada del Evangelio y el diálogo con los miembros de otras religiones” (CG XXXIV; NC 4). Esta expresión actual de la Compañía debe ser siempre vista en referencia con la imagen original contenida en la Fórmula del Instituto y en las Constituciones (NC 5).

Obsérvese, todavía, que el *criterio fundamental* para la adaptación del Instituto debe tener como objetivo “lo que más ayude al conocimiento,

*la práctica del discernimiento
realizado por el superior y también
por los que obedecen demuestra la
preocupación del fundador en tener
la debida consideración del contexto
humano y sociocultural donde
acontece la misión*

amor y servicio de Dios y la salvación del prójimo” conforme a la mente de San Ignacio (NC 23). Es lo que explica la presencia de la caridad discreta en varios puntos de las Constituciones, o la libertad concedida al superior al urgir la obediencia o todavía la consideración debida a

las personas en sus individualidades, a los lugares, tiempos y otras circunstancias (NC 15). La práctica del discernimiento realizado por el superior y también por los que obedecen demuestra la preocupación del fundador en tener la debida consideración del contexto humano y sociocultural donde acontece la misión para que ésta pueda resultar fructífera.

Como la identidad de la Compañía de Jesús aparece en la Fórmula del Instituto, sus puntos substanciales no pueden ser mudados (NC 21§1) y los no incluidos en la misma Fórmula, solamente podrán sufrir mudanzas bajo condiciones severas (NC 21§2). Los puntos no substanciales podrán ser cambiados “por razones de peso” por una Congregación General (NC 21§3), en cambio los decretos y reglas de las Congregaciones Generales o las reglas y ordenamientos de los Prepósitos Generales no solamente pueden ser mudados, sino que deberían ser adaptados continuamente a las necesidades de cada época (NC 21§4).

En conexión estrecha con nuestro tema está la conocida expresión “*nuestro modo de proceder*”. Ya el Padre Arrupe en una conferencia sobre nuestro modo de proceder, pronunciada en 1979 (NMP), observaba que la *identidad* de una persona engendra necesariamente actitudes y plasma un *perfil* espiritual y humano que constituye su modo característico de proceder. Este, a su vez, asume *expresiones* adaptadas a las diversas circunstancias y épocas. El modo de proceder de la Compañía ultrapasa estos tres niveles. De ahí el error tanto en querer dejarlo completamente inmutable como en pretender su mudanza global (NMP 2). Pero el mismo texto apunta a señales externas de la imagen de jesuitas que mudaron (NMP 25-29) al lado de otras características que permanecieron y deben permanecer (NMP 30). El texto menciona además que el nuevo tipo de candidato a la Compañía refuerza la “mudanza de formas” (NMP 33).

En este punto conseguimos mayor claridad sobre nuestro tema. Lo expreso en una pregunta: ¿cómo se configurará la Compañía en un futuro próximo?

Pues las mudanzas socioculturales piden que repensemos nuestra misión, hecho este que ha de repercutir necesariamente en cómo vivimos nuestra identidad y constituimos nuestras comunidades. Muchas características ya fueron apuntadas por el modo de gobernar de la Orden en los últimos años. Procuraremos verlas en su conjunto, limitándonos a su nivel fenomenológico,

las mudanzas socioculturales piden que repensemos nuestra misión, hecho este que ha de repercutir necesariamente en cómo vivimos nuestra identidad y constituimos nuestras comunidades

pero que justifique poder prever una nueva fisonomía de la misma Compañía para los próximos años.

3. Algunos desafíos actuales y las mudanzas correspondientes

Naturalmente no pretendemos catalogar todos los desafíos provenientes de la actual sociedad, sea por su cantidad, sea por su diversidad. Para esto deberíamos tener en cuenta todas las regiones, todos los contextos y todas las culturas de nuestro planeta. La propia selección de algunos de estos desafíos y la correspondiente reacción de la Compañía ya resulta parcial, no solamente porque refleja ya un contexto determinado (en el caso el contexto occidental), pero más todavía porque no considera la mayor o menor incidencia de los desafíos socioculturales en las diferentes regiones del mundo. Una característica marcante de la cultura actual puede tener un efecto devastador en una región en cuanto se ve debilitada o casi neutralizada en otra, gracias a su patrimonio cultural o a su organización social. Consecuentemente lo que sigue, tiene más como objetivo *estimular la reflexión* que ofrecer soluciones prontas y seguras. No destacaremos en nuestro abordaje lo que repercute en la identidad, en la comunidad y en la misión de la Compañía, pues tenemos conciencia de la conexión íntima de estas tres realidades entre sí, lo que será comprobado en el desarrollo de nuestra exposición.

A) La emergencia de la subjetividad y el individualismo cultural

La emergencia del individuo como alguien a ser respetado, por ser único y diferente de los demás en su realidad, es una conquista tardía de la humanidad, engendrada lentamente a lo largo de los últimos siglos. Trátase de un trazo cultural que pide mayor atención y respeto de aquello que la persona presenta de propio, como su formación, familia, índole, cualidades, proyectos, madurez humana. Ese hecho ya impide una transmisión impuesta por el patrimonio cultural de generaciones anteriores. Por otra parte hay aquí otro dato de gran importancia. El proceso que resultó en el surgimiento de la subjetividad fue engendrado conjuntamente con el proceso de gestación de la *sociedad pluralista*. En ésta la homogeneidad propia de las sociedades tradicionales cede lugar a una diversidad plural de comprensiones de la realidad dotadas de racionalidad y normas propias. Las diversas esferas de la sociedad

con sus lecturas peculiares pasan a concurrir entre sí y a relativizarse mutuamente. En esta situación el individuo goza de una posibilidad inédita hasta entonces: el poder escoger de aquello que la sociedad pluralista le ofrece como, por ejemplo, los elementos que desee para la construcción de su personalidad. Ahora es el individuo que se impone a la totalidad heredada.

El pasar de la emergencia de la subjetividad al reinado del individualismo, tal como experimentamos hoy, se explica por la crisis actual de valores substantivos, consecuencia de lo que vimos anteriormente. Hoy la sociedad ofrece principalmente referencias que giran en torno a la felicidad de la propia persona, con el debilitamiento de todo lo que diga respecto al otro o al bien común. Lo importante es la autorrealización, la satisfacción personal, las relaciones humanas afectivamente gratificantes, o también un egocentrismo más material que busque la riqueza personal como una posibilidad mayor de adquirir bienes de consumo. Naturalmente esta característica de nuestra cultura actual explica el desinterés por los grandes proyectos humanitarios, por la política, de un modo general, por el bien común, como también la crisis ética presente en los variados sectores de la sociedad.

Podemos afirmar que el desafío del renacer de la subjetividad no fue un gran problema para la Compañía debido a varios factores típicamente nuestros: nuestro modo de gobierno, la cuenta de conciencia, la importancia del discernimiento espiritual y apostólico, los múltiples campos de trabajo, la disponibilidad y la universalidad como características de nuestra misión. Sin embargo, nosotros, los jesuitas, respiramos el mismo aire contaminado de nuestros contemporáneos y podemos también sucumbir a la actual cultura individualista. Cuando ocurre esto nuestra propia identidad es contaminada, pues la misión común para la cual somos enviados (ya completamente determinada por los superiores), queda perjudicada por los proyectos personales paralelos con escasas perspectivas futuras de continuidad.

Entretanto, nos parece que para corregir esta falla no basta culpar al individualismo reinante. ¿No habrá otros factores que también contribuyen para esta falla? ¿No experimentamos hoy mayor dificultad que en el pasado para concretizar proyectos comunes en nuestras Provincias y casas? Las razones son muchas: disminución de efectivos, complejidad del mundo actual, nuevos desafíos y frentes de batalla, la fragilidad humana de las nuevas generaciones que dificulta el relacionarse entre las mismas, por citar algunos casos. El esfuerzo enorme desarrollado para elaborar “planes apostólicos” en las diversas provincias y regiones procura canalizar nuestras actividades por el Reino de Dios para metas concretas. Podríamos preguntarnos si se consigue este objetivo.

Ciertamente que sí, si bien en valores diferentes conforme a los países. ¿No sería mucho más efectivo si hubiese mayor empeño en presentar la Compañía como un *cuerpo apostólico* ya desde los primeros años de formación? ¿Será que no tienen los jóvenes jesuitas la idea de que son enviados a obras tradicionales, principalmente para no dejarlas morir? ¿No deberían nuestras comunidades dialogar más sobre la misión común? ¿No nos conoceríamos mejor y así podríamos ayudarnos más mutuamente?

La sociedad pluralista actual nos impone saber convivir, aceptar y dialogar con lo diferente. Nuestra percepción de la realidad es siempre parcial e incompleta ya que nos es imposible dominar todos los sectores sociales y campos del saber. Llegar al consenso a través del diálogo es, en nuestros días, un imperativo. Y ¿qué modifica eso en nuestras actitudes? También porque lidiamos con una sociedad secularizada en algunas partes del mundo, donde el lenguaje sobre Dios se tornó un problema, nuestro servicio de la fe sufrirá forzosamente modificaciones en la búsqueda de un nuevo lenguaje y de señales inéditas de la presencia divina siempre operante.

B) Hegemonía del factor económico en la cultura actual

La fragmentación de la cosmovisión única y homogénea de las sociedades tradicionales dio origen a diversos sectores culturales en la moderna sociedad pluralista. Cada uno de ellos, sea religión, política, ciencias, familia o economía, goza de inteligibilidad y normativas propias dificultando sobremanera el diálogo entre los mismos por la falta de un idioma común. La expresión teológica para este fenómeno es el de sociedad secularizada. Entretanto, a pesar de este pluralismo cultural, experimentamos hoy cómo el sector económico domina los demás imponiéndoles su propia racionalidad de cuño funcional y utilitario. Realmente, en todos los sectores de la vida el imperativo de eficacia y productividad se revela decisivo. Todo debe convergir para lucros y resultados. No se pregunta más sobre lo que es una realidad sino sobre su utilidad para obtener el éxito. Valores substanciales dejan lugar a criterios funcionales. Esa lógica económica invade y debilita otros muchos sectores como la política, la educación, la familia y hasta la misma religión.

La moderna sociedad industrial goza de un equilibrio inestable: debe producir continuamente para mantenerse viva. De ahí resultan el mercado de trabajo, la producción de capital, nuevas inversiones. El acúmulo creciente de bienes producidos y que deben ser adquiridos para la producción de nuevos

bienes engendra la sociedad de consumo, fortalecida por una sofisticada publicidad de los medios de comunicación social. Hoy juzgamos necesario y compramos lo que ayer era superfluo. O tal vez tenemos miedo por no acompañar la tendencia dominante a tornarnos extraños en el mundo de hoy.

Otra señal cultural de nuestros días es la aceleración del tiempo. La vida se nos tomó más compleja, más técnica, más automatizada, más cibernética y quedando obligados a usar toda esa parafernalia si queremos sobrevivir. Además de esto, somos bombardeados continuamente con nuevos y múltiples estímulos e informaciones que exigen nuestra atención, nos llevan a un conocimiento superficial de todo, nos impiden una reflexión más profunda sobre la realidad que nos envuelve, que nos ocupan y distraen con asuntos sin importancia. Estamos siempre corriendo contra el tiempo y hasta nuestro merecido descanso se ve apenas como funcional para poder rendir más, conocer más, consumir más. Tenemos dificultad en abrir espacios en nuestro día para lo gratuito, para lo que nos puede hacer realmente felices, para lo que no se puede reducir a la categoría de medio, como son las cosas más simples de la vida.

No se puede negar el impacto de esta cultura en nuestras comunidades. Sin darnos cuenta nos sometemos a la lógica de la eficacia, confundiendo la promoción del Reino de Dios con resultados tangibles. En razón de la complejidad, en nuestros días, de cualquier actividad pastoral y de la creciente exigencia de más competencia y de una mayor urgencia en usar los medios más adecuados podemos tornarnos menos sensibles a un estilo de vida más sobrio y modesto. Podemos hasta llegar a pensar que solamente disponiendo de poder y reconocimiento social seremos capaces de llevar a buen término el servicio de la fe y la promoción de la justicia en el mundo. Además de esto el contacto con personas de clase media o rica puede llevarnos a imitarlos cediendo al consumismo. Es fundamental salvar a cualquier precio la libertad en el uso de los medios y saber resistir a la tendencia general.

es fundamental salvar a cualquier precio la libertad en el uso de los medios y saber resistir a la tendencia general

¿No deberíamos dedicar más tiempo a la vida comunitaria en una época agitada y estresante que tanto dificulta las auténticas relaciones humanas? ¿Es hoy la vida comunitaria fruto de una opción consciente, más que algo natural

proporcionado por el horario de la casa? ¿No será la ausencia de verdaderas relaciones humanas lo que convierte nuestras celebraciones eucarísticas en meros rituales para ser observadas por participantes desinteresados?

La sociedad actual es altamente compleja, sus desafíos exigen enfrentarlos desde diversos puntos de vista, cuestionando la figura del genio individual y urgiendo la cooperación en grupos de trabajo o en red. Y, sobre todo, en una Iglesia que necesita del laicado y en una sociedad que exige la participación de todos, ¿no deberíamos saber acoger a laicos y laicas como verdaderos colaboradores nuestros, reconociendo sus contribuciones y tomando en serio sus palabras y decisiones?

C) El fenómeno de la globalización

El progreso que aconteció en los transportes y en los medios de comunicación social convirtió los países en muy próximos. Hubo así una reducción del espacio y tiempo. De ahí el nacimiento de una nueva conciencia, a saber, la conciencia de un mundo como comunidad de seres humanos que tienen el mismo destino. Este hecho nos impide pensar los problemas humanos como apenas locales. Hoy todos tienen conciencia de la mutua dependencia entre los países y regiones cuando son enfrentados con los nuevos desafíos, como por ejemplo la conservación del planeta, las desigualdades sociales, la internacionalización del derecho, la interdependencia económica, la amenaza de una guerra planetaria.

Paradójicamente este fenómeno surge en una época en que los pueblos con sus respectivas culturas, en parte como reacción al fenómeno de la globalización, insisten en la importancia de respetar y enfatizar sus propias características culturales como factor decisivo de la propia identidad. De hecho, se observa hoy un énfasis inédito en la conservación y desarrollo de las culturas nativas con serias repercusiones sociales y políticas. La propia Iglesia desarrolló en los últimos años una reflexión sobre la necesidad de la inculturación de la fe, si bien con realizaciones modestas. Pues es la propia cultura la que posibilita al ser humano tomar conciencia y desarrollar su identidad. Y la fe solamente será plenamente acogida cuando viene expresada en la cultura en que es proclamada.

Globalización e inculturación no se oponen como podría aparecer a primera vista, pero se influyen y se necesitan mutuamente puesto que la globalización deberá pasar por transformaciones para hacerse aceptar en una

cultura local. Ésta, a su vez, no puede comprenderse si se prescinde de la cultura global. Por lo tanto hay una complementariedad. Para la Iglesia permanece una espinosa cuestión: ¿cómo evangelizar en una pluralidad de culturas? ¿Cómo realizar la inculturación de la fe en una cultura local contaminada por la cultura global? ¿Se impone una nueva configuración institucional para la Iglesia? Sabemos que la catolicidad (universalidad) de la Iglesia no implica la destrucción de las culturas locales (uniformidad) sino que en el respeto a ellas es enriquecida la propia Iglesia (unidad en la diversidad). Naturalmente que las Iglesias Locales, que constituyen la Iglesia Universal deberán estar unidas en la misma fe, manteniéndose abiertas unas a otras, ejercitando el diálogo entre sí, interpeándose y ayudándose mutuamente.

También la Compañía de Jesús está fuertemente desafiada por el imperativo de la inculturación y por el de la globalización. Conocer bien y saber utilizar las culturas nativas en su actividad misionera fue siempre una tradición de la Compañía. Hoy tenemos una conciencia mayor de la complejidad del proceso de inculturación de la fe y de la presencia actuante del Espíritu Santo en las otras tradiciones culturales y religiosas. Naturalmente una excesiva centralización romana, en los últimos tiempos, repercutió también dentro de la Orden e impide la realización de nuevas experiencias en este sector como sería de esperar. Pero el imperativo de promover el Reino de Dios, a partir de la realidad local, continua vivo en la Compañía.

El fenómeno de la globalización presenta cierta novedad. Tenemos que reconocer que por un lado el objetivo apostólico de la Compañía, ya desde sus comienzos, no se dejó prender por un país o una cultura, pero mostró la característica de universalidad al enviar compañeros a diversas regiones del mundo. Por otro lado, debemos reconocer también que la situación actual es inédita. Debido a la globalización tal vez nunca los jesuitas se sintieron tan próximos unos de otros, nunca los éxitos y las dificultades locales repercutieron tanto por todo el cuerpo de la Orden. Nunca las experiencias realizadas en otras regiones y culturas fueron tan conocidas como hoy. También la importancia de los medios de comunicación social y las posibilidades abiertas por 'Internet' requieren una formación adecuada para garantizarnos una mayor y más especializada presencia en el mundo cibernético.

La realidad de la Compañía, como un único cuerpo apostólico, debilitada en el pasado por una cierta autonomía de las Provincias y por la mentalidad resultante de esto, no deja de ganar énfasis en nuestros días. Los jesuitas se preocupan más con lo que sucede fuera de las fronteras de su país, manifiestan

“COMPAÑÍA DE JESÚS Y SOCIEDAD ACTUAL”

una mayor lucidez sobre la interdependencia de todos los pueblos y se sienten estimulados para ayudar en las regiones donde son mayores las necesidades. La disminución de miembros en la Orden ayudó al intercambio de personas y recursos, reforzando la realidad de un cuerpo apostólico. Si la Congregación General XXXIV había acentuado la importancia de la inculturación, la reciente Congregación General XXXV en su decreto tercero alerta para los desafíos de un nuevo contexto global.

Al final de esta reflexión podríamos hacernos la pregunta: ¿las características mencionadas moldearán de hecho la *configuración de la Compañía* en los próximos años? Pudimos verificar cómo nuestra *misión* debe ser diversamente concretizada, cómo nuestras *comunidades* deben comportarse frente a los nuevos desafíos de la sociedad, y, por lo tanto, cómo la conciencia de que somos jesuitas (*identidad*) continuará siendo la misma en un nuevo contexto histórico. Si nuestra respuesta es positiva, por haber tenido coraje de introducir mudanzas, estaremos en continuidad con las generaciones anteriores.